

25 Dicbre 1952

ACTUALIDAD TEATRAL. — Reflexiones finales a un festival

El Festival de Teatro Chileno se ha cerrado con la representación del drama "El que construyó su infierno", de Fernando Lamberg.

Un tropiezo.
Se dice en el programa que Lamberg "cala profundo en las cuestiones más apasionantes que galvanizan el espíritu de nuestra época". Y se añade: "¿Cómo saldremos del caos terrible en que se debate el hombre en nuestros días?"

Tenemos ahí la raíz de donde nacen los defectos típicos del teatro de muchos jóvenes. Repase el lector las frases copiadas y trate de ver si lo planteado no es más bien una interrogante metafísica y no un designio teatral.

Abreviemos. La obra de Fernando Lamberg está por debajo de cualquiera estimativa crítica.

Existe la idea general de que los hechos naturales y sin artificios son imposibles a la verdadera emoción artística. No sé quien ha dicho que lo más hondo en las cosas es la pureza de su aparente superficialidad. Si Fernando Lamberg, en vez de actuar en filósofo hubiera aspirado a permanecer en un territorio sencillo, sin grandes complicaciones dialécticas, sin pretender salvar al hombre del caos —tarea de por sí bastante ardua— y no hubiera perdido de vista al público, los actores, las bambalinas y la vida que gira en su torno, habría estado más cerca del éxito.

¿Por qué ha concitado unánimes elogios la obra de Sergio Vodanovic? Las preferencias del público no son caprichosas ni manan de la casualidad. En el fondo más oculto de todo aquello que triunfa, suele haber una razón susceptible de ser encontrada a poco que nos esforcemos en verla. Incluso en lo aparentemente deleznable. Unas veces será la auténtica calidad literaria, otras la habilidad de realización, otras la gracia, otras la vitalidad que surge desbordante...

A mi modo de entender la pieza de Sergio Vodanovic prende el interés del público no por el conflicto moral que allí se plantea. Lo que importa es ese trozo de vida contaminado de todos los azares que entran como un turbión en el hogar de los Cruz. Atráenos el saber que existe un escándalo social en perspectiva, que se va a producir un hecho sensacional. Esperamos, sobre todo, la reacción de quienes creyeron honorable al senador cuando se les diga la verdad.

Con ello no quiere decir que debamos soslayar otros valores espirituales. Pero conviene tener en cuenta la división de los géneros. La literatura dramática es distinta a la literatura de novela. Aun cuando ambas busquen la ficción difieren en el procedimiento y en la técnica. De todos los géneros artísticos el más impurificado es el teatro. Nace de un singular mestizaje, en el que intervienen los elementos más disparatados y antagonicos.

Ha habido un autor aficionado a llevar a la escena sus preocupaciones ontológicas. Pero, ¡qué claridad en sus razonamientos! Cuando Pirandello saca a sus muñecos al tabladillo deja que ellos cuenten al público por lo menudo sus pobres vidas angustiadas. Hay también un insobornable sentimiento de racionalidad o materia viviente en esos seres personajes que no son entelequias, sino seres de carne y

hueso. Pirandello gustaba referirse a su "pasión por la inteligencia".

Claridad, inteligencia, podrían ser una primera condición a las que se agregara aquella forma de acción y drama, con exclusión de lo narrativo, pedido por Aristóteles.

Recuerdo a este propósito el largo parlamento de Jules Donaldo en la obra de Salacrou "Histoire de rire", tan bien representado por Etienne Frois. El razonamiento absurdo —el marido que trata de justificar con una dialéctica implacable y paradójal el engaño que le hace la esposa— se salva por la claridad, por la inteligencia y por el humor.

La trascendentalidad —o la supuesta trascendentalidad— no hace buena una obra si el pensamiento no se injerta hábilmente en la acción dramática. Del mismo modo la simple copia de la vida puede resultar inane al efecto teatral si no existe una cierta estilización y una fusión íntima y orgánica de los elementos tomados de la realidad. Es lo logrado, por modestamente que lo estimemos, en la obra de Miguel Frank.

A este respecto conviene establecer un cotejo entre dos personajes nacidos en el Festival. Uno de ellos pertenece a "Tiempo de vals"; otro a "El tony Cosquillas". El primero es un empresario, criollísimo, cargado de entrañables esencias populares.

¿Qué hace este don Benjamin? Casi nada. Entra, se sienta, recibe las zalemas de la empleadita Rosa, agita los dedos con un tic nervioso y humorístico. No hace falta más. El público ríe porque ve en el personaje la suma de muchos personajes vivos que conoce.

Por contra ese personaje extravagante, la tía medio loca de "El tony Cosquillas", si hace reír lo logra por vías forzadas, por la dinámica exterior, cortical. En el efecto humorístico —la palabra no es del todo adecuada— intervienen tanto las cabriolas y las volatinerías de la actriz como su grotesco traje; nunca la exteriorización de lo íntimo.

El balance del Primer Festival del Teatro Chileno ha dejado un saldo favorable. A mi modo de ver, razonado parcamente en las diversas crónicas, la calificación sería la siguiente y por el orden en que aquí figuran las obras: "El senador no es honorable", "Tiempo de vals", "Una noche distinta", "La risa perdida", "El tony Cosquillas" y "El que construyó su infierno".

Critilo.

